

“CLARA. NOMBRE QUE ES LUZ QUE BRILLA como el sol sobre los olivos. Que es pureza que recuerda a la nave blanca y desvalida de la iglesia de Santa Chiara.

“Nombre que es sencillez y pobreza, como el coro de las Hermanas y el albergue de San Damián. Nombre en fin, de lozanía, en el que cantan los torrentes del Subasio. Clara de Asís, “la plantita de San Francisco”, como le gustaba presentarse a sí misma, es, junto con aquél que la impulsó hacia Cristo, la flor más hermosa de la antigua tierra de Umbría. Pero ante todo es el fruto de la gracia de Dios”. Así inicia el Misal del Vaticano II su presentación de la figura de Santa Clara de Asís, el 11 de agosto, día de su fiesta.

“Por amor a mi Cristo Jesús he renunciado totalmente a todo amor por lo material y mundano”

Santa Clara de Asís, la plantita de San Francisco

por fray Frank DUMOIS, OFM

Nació Clara de Asís en 1193. Su padre, Favarone Offraduccio, era de familia noble, rica y poderosa. Su madre Ortolana, también de familia noble era profundamente cristiana.

Desde niña Clara poseía muchas virtudes y practicaba la oración y mortificación. A los 18 años oyó predicar a San Francisco los sermones de Cuaresma. Desde entonces se convenció de que para seguir a Cristo debía renunciar a las riquezas y bienes materiales, tal como había hecho el *Poverello*.

En secreto se fue a buscar al santo para que la guiara hacia la perfección cristiana. Clara sabía que su determinación de seguir a Cristo iba a provocar la oposición familiar. El solo hecho de la presencia de los Hermanos Menores de Asís estaba ya cuestionando la tradicional forma de vida de las clases altas y de sus privilegios.

El Domingo de Ramos de 1212, Clara, con todas sus galas, asistió a la Misa Mayor en la catedral de Asís, pero estaba tan emocionada que no se acercó como los demás, a recibir la palma bendita. Todos posaron sus ojos en ella. Entonces el obispo fue hacia ella y le puso la palma en la mano. Esa noche, acompañada de su sirvienta, salió secretamente de su casa y se fue, a dos kilómetros de distancia, al sitio



llamado la *Porciuncula*, donde San Francisco vivía pobremente con sus frailes. Todos estos fueron a recibirla con lámparas encendidas y cantando de alegría.

Allí hizo Clara, de rodillas ante San Francisco, la promesa de dedicarse a Dios por medio de la oración, la pobreza y la penitencia. El santo le cortó su larga y hermosa cabellera, le colocó un sencillo manto en la cabeza y la envió a unas religiosas benedictinas cercanas, hasta otra ocasión de trasladarla.

Cuando los hermanos de Clara que esperaban casarla con un rico hacendado, notaron su ausencia, iniciaron su búsqueda. Al encontrarla donde los religiosos en que se había refugiado, quisieron llevársela a la fuerza. Ella se agarró fuertemente a los manteles del altar y cuando se la iban a llevar se descubrió la cabeza rapada y les dijo: “Por amor a mi Cristo Jesús he renunciado totalmente a todo amor por lo material y mundano”. Al ver su firme resolución, desistieron de su propósito.

Pocos días más tarde San Francisco la trasladó a otro monasterio benedictino en una de las falderas del Monte Subasio. Aquí, a los 16 días de su huída, se le unió su hermana Inés. Ambas hermanas estuvieron con los benedictinos hasta que San Francisco las trasladó cerca de la pobre capilla de San Damián (fuera de los muros de la ciudad), que el santo había reparado con sus propias manos. Así surgió la primera comunidad de la Orden de las Damas Pobres llamadas luego Clarisas.

Muchas muchachas más, y su propia madre decidieron seguir a Clara en su vida de oración y recogimiento. Francisco nombró a Clara superiora. Aunque ella como una hermana más, servía la mesa, lavaba los platos, atendía a los enfermos, llena de comprensión y misericordia.

La Orden se extendió en pocos años por Italia, Francia, Alemania y Bohemia (hoy República Checa). Su vida era de gran austeridad, no usaban medias ni calzado, se abstenían respectivamente de carne y sólo

hablaban por necesidad. Santa Clara además ayunaba a pan y agua los 40 días de cuaresma y las vísperas de grandes fiestas. Dormía sobre una tabla, con un poco de pasto seco por almohada. San Francisco y el obispo de Asís le ordenaron que no dejara pasar un día sin comer, al menos pan. Por lo demás, la experiencia le enseñó que el extremo rigor puede dañar la salud, pues “no tenemos cuerpo de acero ni de piedra”, como le decía a sus monjas.

Siguiendo el ejemplo de San Francisco, Clara quería vivir en estricta pobreza, sin rentas de ninguna clase. Al Papa, que le ofrecía unas rentas para su convento, le escribió: “Santo Padre, le suplico que no me absuelva ni me libere de la obligación que tengo de ser pobre como lo fue Jesucristo”. A quienes le decían que había que pensar en el futuro, les respondía con el evangelio: “Mi padre celestial que alimenta a las avejillas del campo, nos sabrá alimentar también a nosotros”. Hoy las Clarisas son más de 14 mil en más de mil 200 conventos en el mundo.

El heroico desprendimiento de Clara llenó al Papa de admiración, como muestra la carta que le escribió: el “Privilegio de la Pobreza” de 1228. El texto dice: “Gregorio Obispo, Servidor de los Servidores de Dios. A nuestra querida hija en Cristo, Clara y a otros criados de Cristo que habitan juntos en la iglesia de San Damián, de la diócesis de Asís, salud y bendición apostólica. Es evidente que el deseo de consagración únicamente a Dios os ha guiado a abandonar todo deseo de las cosas temporales. Por lo cual después de haber vendido todos vuestros bienes y haberlos distribuido entre los pobres, os propusisteis no tener ninguna posesión, pues el brazo izquierdo de vuestro Celestial Esposo está sobre vuestra cabeza para sostener la debilidad de vuestro cuerpo, el cual, de acuerdo con la orden de la caridad, habéis sujetado a la ley del espíritu. Finalmente, Él que alimenta a las aves y da a los lirios del campo sus galas y su sustento, no os dejaría en necesidad de vestido o de alimento hasta que venga Él mismo a atenderos en la

**“Hay unos que no rezan ni se sacrifican;
hay muchos que sólo viven para la idolatría
de los sentidos. Ha de haber compensación.
Alguien debe rezar y sacrificarse por los que
no lo hacen. Si no se estableciera ese equilibrio
espiritual la tierra sería destrozada por el maligno.”**



La ciudad de Asís, en Italia,
tierra de San Francisco y Santa Clara.

eternidad cuando a saber, la mano derecha de su consolación os abrace en la plenitud de su beatífica visión. Desde que, por lo tanto, pedisteis por ello, Nos confirmamos como favor apostólico vuestra resolución de la más noble pobreza y por la autoridad de estas presentes cartas concedemos que no podáis ser obligadas por nadie a recibir posesiones. A nadie por tanto, le está permitido violar esta nuestra concesión u oponerse a ella, hágasele saber que incurrirá en la ira de Dios todopoderoso y de sus Bienaventurados Apóstoles, Pedro y Pablo. Dada en Perusa a los 15 días de las calendas de octubre en el 2º año de nuestro pontificado”.

Tras la muerte de Gregorio IX (1241), la santa tuvo que seguir luchando por el privilegio de absoluta pobreza, al estilo de San Francisco, pues Inocencio IV (1243-1254) quería dar a las Clarisas una regla nueva y mitigada. Pero Clara siguió firme en su ideal, hasta que el Papa, ante la abadesa moribunda, confirmó solemnemente la Regla definitiva de las Clarisas con la bula “Solet annuere” de 1253.

San Francisco había nombrado a Santa Clara abadesa de San Damián, pese a la resistencia de ésta, por su humildad. Continuó en ese cargo hasta su muerte el 11 de agosto de 1253, después de 41 años de ser religiosa, a los 60 años de edad.

No veía Clara la pobreza como un fin en sí misma, sino como imitación de Cristo pobre, que siendo Rey de reyes nació en un pesebre, vivió pobremente y murió desnudo en la cruz.

Para Santa Clara la oración era la alegría, la vida, la fuente y manantial de todas las gracias, tanto para ella como para el mundo entero. Muchas veces se bañaba en lágrimas al sentir el gran gozo de la adoración y de la presencia del Señor en la Eucaristía, o quizás movida por un gran dolor por los pecados, olvidos y por las ingratitudes propias y de los hombres. Cuando salía del oratorio, así lo atestiguan sus hermanas, su semblante irradiaba felicidad y sus palabras eran tan ardientes que movían y despertaban en ellas ese ardiente celo y encendido amor por Cristo.

Cuando alguien objetaba su extrema austeridad, respondía: “Hay unos que no rezan ni se sacrifican; hay muchos que sólo viven para la idolatría de los sentidos. Ha de haber compensación. Alguien debe rezar y sacrificarse por los que no lo hacen. Si no se estableciera ese equilibrio espiritual la tierra sería destrozada por el maligno”. Santa Clara aportó generosamente a este equilibrio y todos los cristianos, aunque sin llegar a excesos, podemos aportar nuestra oración ferviente y generosos sacrificios a favor del prójimo.

En 1241 los sarracenos musulmanes fanáticos llegaron a atacar el convento. Las monjas asustadas se fueron a orar. Pero Santa Clara, devotísima del Santísimo Sacramento, con gran valor, tomó en sus manos la custodia de la hostia consagrada y se enfrentó a los atacantes que, sorpresivamente huyeron sin hacerles mal. En otra ocasión la ciudad de Asís se salvó de un ataque por la oración de las Clarisas.

La santa estuvo enferma 27 años soportando su enfermedad con paciencia heroica. En su lecho bordaba y hacía costuras y oraba sin cesar. El Sumo Pontífice la visitó dos veces y exclamó: “Ojalá yo tuviera tan poquita necesidad de ser perdonado como la que tiene esta monjita”. Cardenales y obispos iban a visitarla y a pedirle sus consejos. San Francisco había muerto en 1226 y tres de los discípulos preferidos del santo: Fray Junípero, Fray Ángel y Fray León le leyeron a Clara la pasión del Señor mientras ella agonizaba y decía: “Desde que me dediqué a pensar y meditar en la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo ya los dolores y sufrimientos no me desaniman, sino que me consuelan”.

En la basílica de Santa Clara, en Asís, se encuentra su cuerpo incorrupto y muchas de sus reliquias. En 1254 se abrió el proceso de canonización que concluyó el 15 de agosto del año siguiente por el papa Alejandro IV. El papa Pío XII la proclamó patrona de la televisión. Ω